

Entrada libre

Foucaultismo Pop

Robert Darnton

Fragmento de la reseña del libro de Pierre Darmon, *Damning the Innocent: A History of the Persecution of the Impotent in Pre-Revolutionary France*, en *The New York Review of Books*, Vol. XXXIII, Núm. 15, octubre 9, 1986.

En los últimos años la historia ha tomado un rumbo extraño. Los profesionales hicieron a un lado a los reyes y a las reinas para poder estudiar el juego de estructuras y coyunturas. Pero las publicaciones más recientes sugieren todo un nuevo rango de temas, cada nuevo tema más extraño que el anterior. Salió un libro sobre una monja lesbiana, sobre un santo anoréxico, sobre el niño salvaje y el hombre embarazado. Contamos con perros santos y con gatos masacrados. ¿Por qué esta atracción por lo extraño y lo marginal?¹

Para mí hay dos explicaciones, una literaria y una política. Llega un momento en la carrera de todos los historiadores en el que anhelan ponerse en contacto con el público lector más amplio. Habiéndose ganado un lugar en la profesión con una disertación y una bola de publicaciones académicas, se quieren salir del estilo

monográfico. Quieren escribir para otros que no sean sus compañeros de especialidad. ¿Pero cómo llegar al público amplio?

Les hace falta hallar el tema adecuado, no solamente algo sexy como el sexo mismo sino algo que pueda calificar como academicismo legítimo. La vulgarización abierta no sirve; tiene que ser *haute vulgarisation*, y ésta tiene que abarcar algún tema que agrade a los profesionales—algún folklor curioso de la Edad Media, o alguna secta extraña de la Reforma, o una costumbre bizarra desenterrada de los archivos de la Inquisición. Pero por encima de todo, debe combinar elementos de la sexualidad y del pensamiento popular extraídos de fuentes documentales y servidos con un toque de antropología. Le Roy Ladurie realizó un milagro con esa fórmula.² Todo historiador que anhela lectores se dice a sí mismo *in petto*: “Le Roy lo hizo; ¿por qué yo no?”

Es más fácil decirlo que hacerlo; porque el dilema—cómo llegar a los lectores sin perder legitimidad académica—se complica por una consideración más, la cual a falta de mejor palabra llamaré política.

Los nuevos temas llevan la marca de los años sesenta. Antes de los movimientos estudiantiles, de la guerra de Vietnam, y de los “acontecimientos” de mayo-junio de 1968 en París, los historiadores de izquierda abordaban grandes temas

—la formación de una clase obrera, el crecimiento del campesinado— y los veían “desde abajo”. Sus sucesores en la siguiente generación favorecen la microhistoria, los estudios de caso de los desviados y los desposeídos, a los que observan tangencialmente o por un costado. La marginalidad emergió como tema y como punto de vista.

Esto cuenta con su profeta, Michel Foucault, cuya voz se alzó sobre la confusión de mayo-junio para proclamar la importancia de comprender el aspecto cognitivo del poder: el poder como una manera de ordenar la realidad o de acomodar las cosas para que las fronteras mentales operen como limitantes sociales y le den forma a las instituciones. Para Foucault, las víctimas de la historia fueron sus gentes fuera de lugar, los que no embonaban en el mapa cognitivo: los locos, los criminales y los desviados. Ellos caían fuera de las fronteras del orden social; pero en virtud de su marginalidad, ellos hicieron que el mapa se sostuviera. Ellos lo llevaron al rango de percepción de los historiadores localizados en otro espacio social.

Lo marginal por tanto se convirtió en la preocupación central de la historia como un “discurso”, una manera de construir un tema de parte de los profesionales. Esta idea fresca del tema hizo surgir un nuevo estilo de escritura así como una nueva manera de pensar. Los verbos intransitivos tendieron a volverse transitivos. Así, según Foucault, la locura tenía que ser *pensada* antes de poder consignar a los locos dentro de una categoría especial de la humanidad y separarlos en celdas. La historia de la locura tuvo lugar en un terreno epistemológico, que llevaba de las áreas exteriores de la sociedad al corazón de su sistema de poder.³

Cuando otros historiadores veían desde fuera, ellos también empezaron a repensar el pasado. Inclusión y exclusión, la adaptación y la inadaptación, aparecieron como procesos históricos, y lo marginal se desplazó hacia el centro de una disciplina a la que empezó a llamársele

discurso. El ruiderío epistemológico probablemente no hubiera tenido un gran efecto en sí mismo, sólo que olía tenuemente a *flower power*; y la generación de la década de los sesenta pescó ese aroma de inmediato. Cuando a Foucault ni siquiera lo habían soñado en la costa occidental de Estados Unidos, en Berkeley los márgenes se habían acercado. Los estudiantes trataron de tomar el poder al adueñarse de zonas marginales (People's Park), acercándose a sectores tabú del lenguaje (el Free Speech Movement) y modificando categorías (“Make Love Not War”). Con esta experiencia detrás de ellos, y detrás de su contraparte en las barricadas mayormente simbólicas de París en 1968, Foucault tuvo sentido.

Pero la década de los sesenta pasó y Foucault está muerto. Ahora tenemos el foucaultismo pop, una celebración de lo marginal en y por sí mismo. El foucaultismo pop (¿*Foucauldien*? Todavía no tenemos la etiqueta) no se detiene en considerar el terreno epistemológico de su tema. Corre hacia el margen, o más allá del margen, y lo rumia hasta que llega a algo que sea lo suficientemente exótico. De esta manera la historia se está llenando de curiosidades. Está perdiendo la forma. Su centro no podrá contener.

El foucaultismo pop es una tentación peligrosa para el profesional que busca público. Ofrece una espuria legitimidad intelectual, un atractivo izquierdoso a la moda, y lectores. No quiere decir que todo el que escriba sobre locos y criminales pueda ser considerado como seguidor de Foucault, o que todos los seguidores de Foucault puedan ser acusados por vulgarizadores. Pero el Foucault vulgarizado, el Foucault sazonado para causar sensación y adelgazado para ser accesible, el Foucault de la historia pop sólo puede servir para trivializar a la historia en general.

Notas

¹ Véanse, por ejemplo; Judith C. Brown, *Immodest Acts: The Life of a Lesbian Nun in Renaissance Italy* (Oxford University Press,

1985); Rudolph M. Bell, *Holy Anorexia* (University of Chicago Press, 1985); Roger Shattuk, *The Forbidden Experiment: The Story of the Wild Boy of Aveyron* (Farrar, Straus and Giroux, 1980); Roberto Zapperi, *L'uomo incito. L'Uomo, la donna e il potere* (Lerici, 1979); Jean-Claude Schmitt, *The Holy Greyhound: Guinefort Healer of Children Since the Thirteenth Century* (Cambridge University Press, 1983); Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes of French Cultural History* (Basic Books, 1984; Random House/Vintage, 1985); Michel Foucault, *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason* (Random House/Vintage, 1973); Carlo Ginzburg, *The Night Battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (John Hopkins University Press, 1984; Penguin, 1985); y Arlette Farge, *Délinquance et Criminalité: Le Vol d'Aliments à Paris au XVIII^e Siècle* (Paris: Plon, 1974).

² Emmanuele Le Roy Ladurie, *Montaillou: The Promised Land of Error* (Random House/Vintage, 1979).

³ Ver Foucault, *L'ordre du discours* (Gallimard, 1971).

Kraus

George Steiner

Fragmento del ensayo "Black Danube", en *The New Yorker*, julio 21, 1986.

El filo de la sátira es local. La eficacia de la sátira depende de la precisión, de la densidad circunstancial, de su blanco. Al igual que el caricaturista, trabaja cerca de su objeto y busca conseguir un reconocimiento inmediato, sorprendido. En cierto sentido la sátira no busca únicamente la destrucción sino la autodestrucción. Idealmente, consumiría su tópico y luego modificaría la causa de su propio odio. El fuego sucumbe en las cenizas apagadas. Karl Kraus, de Viena, el maestro satirista de nuestra época, llamó a su revista *Die Fackel* (La Antorcha), pero él no es el único que se remite al motivo del fuego; llama y sátira están relacionadas desde hace mucho tiempo.

En consecuencia, poca sátira, verbal o pictórica, ha resultado duradera. En Aris-

tófanos hay una especie de bufonada del intelecto, un payasear maravillosamente físico de las ideas, que asegura un grado de universalidad, pero una buena parte hasta de sus mejores comedias causa risa sólo después de pasar por las espinas de las notas al pie y las explicaciones eruditas. La generalidad de los temas de Juvenal —la guerra entre los sexos, la hipocresía religiosa, la crasitud ostentosa del *nouveau riche*, la corrupción interminable de la política urbana— es tal que llega a convertir su odio en una tristeza perenne sobre el hombre. Sin embargo, resulta sorprendente que Juvenal se vea mejor en citas que todo completo. En la agudeza del argumento, en la exactitud del acoplamiento entre el escenario satírico y su contraparte política-religiosa, *La historia de una tina* sigue siendo la obra maestra de Swift. Hoy únicamente los académicos leen esta creación feroz, sólo porque requiere de un conocimiento especializado con referencias íntimas a las políticas de la iglesia y el partido, del episcopado y el gabinete, en la Inglaterra del siglo XVIII. Si *Los viajes de Gulliver* sobrevive como un clásico, se debe en gran medida a los especiales objetivos satíricos, una vez más políticos, partidistas —de hecho, procaes—, que yacen en los relatos. Aquí, casi de manera exclusiva, el veneno, que exigía identificaciones y reconocimientos inmediatos, se evaporó en la fantasía.

El problema al que se enfrenta cualquier persona que en 1986 trate de llegar a Karl Kraus en cualquier lengua que no sea el muy especial alemán vienés/antivienés es el del localismo, lo que Henry James llamaría "el espíritu del lugar". Es problema de la formidable densidad, de la indestramatización de la alusión efímera, de la referencia para enterados y de los supuestos codificados de la familiaridad hasta en los escritos más generales y más apocalípticos de Kraus. Al comienzo del siglo, en el periodo de entre guerras y en vísperas de la catástrofe, Viena no es sólo el fondo firme, el polo magnético de la idea de realidad de Kraus; es la constante diaria de su minucioso reportaje moral. Es cierto que en